

menos soportable á las demás naciones; é indica *en qué dirección* debe aspirar á superarse y á salir de sí mismo.

303.—*Cuándo hay que detenerse.*

Cuando las masas comienzan á combatirse con furia y la razón se oscurece, está bien, en el caso en que no esté uno del todo seguro de la salud de su alma, guarecerse en una puerta cochera y acechar.

304.—*Revolucionarios y propietarios.*

El único remedio contra el socialismo que está en vuestras manos, no es lanzarle provocaciones; es decir, vivir nosotros mismos modesta y soberbiamente, impedir, en cuanto os lo permitan vuestros medios, toda exhibición de opulencia, y ayudar al Estado cuando quiere gravar con pesados tributos todo lo que es de lujo y superfluo. ¿No queréis emplear este medio? Entonces vosotros, ricos burgueses, que os llamáis «liberales», confesaoslo á vosotros mismos; vuestro propio sentimiento es lo que os parece terrible y amenazador, en los socialistas, pero en vuestro propio corazón le concedéis un puesto indispensable, como si no fuese lo mismo. Si no tuvieseis vuestra fortuna y el cuidado de su conservación, ese sentimiento os haría semejantes á los socialistas: sólo la propiedad crea la diferencia entre vosotros y ellos. Primero es necesario venceros á vosotros mismos si queréis triunfar, de cualquier manera que sea, de los adversarios de vuestra comodidad. ¡Si, al menos, esta comodidad correspondiese á un bienestar verdadero! Sería menos exterior y provocaría menos la envidia; tendría más benevolencia, más cuidado de la equidad y sería más

estable. Pero lo que hay de falso y cómico en vuestra alegría de vivir, que proviene más bien de un sentimiento de contraste (con otros que no tienen esta alegría de vivir y que os la envidian) que de cierta plenitud de fuerza y de superioridad,—las exigencias de vuestras habitaciones, vuestros vestidos, vuestros mobiliarios, vuestros almacenes, las necesidades de la boca y de la masa, vuestros entusiasmos ruidosos para el concierto y la ópera, y por último, vuestras mujeres, formadas y moderadas, pero de un vil metal, doradas, pero sin dar el sonido del oro, escogidas por vosotros para exhibirlas, dándose ellas mismas como cosa de exhibición:—esos son los propagadores envenenados de esa enfermedad del pueblo, que, en forma de virus socialista, se propaga ahora entre las masas, con una rapidez siempre mayor, y que ha tenido en vosotros su primer asiento y su primer foco de incubación. Y ¿quién sería capaz de detener esta peste?

305.—*Táctica de los partidos.*

Cuando un partido nota que alguno de sus miembros, después de haber sido un adherente absoluto, se ha convertido en un adherente condicional, tolera tan mal ese cambio, que intenta, por toda clase de humillaciones y de provocaciones, producir su defección completa y hacer de él un adversario: porque sospecha que la intención de ver en su doctrina algo que es de un valor relativo, autorizando el pro y el contra, el examen y la elección, es más peligrosa para él que una oposición radical.

306.—*Para fortificar los partidos.*

El que quiere fortificar los cimientos interiores de un partido, le proporciona la ocasión de hacerse tra-

tar con una injusticia manifiesta: eso le hace acumular un capital de buena conciencia que le faltaba quizá hasta ahora.

307.—*Cuidar de su pasado.*

Ya que los hombres no veneran, al fin y al cabo, sino lo que existe desde hace mucho tiempo y lo que se ha formado lentamente, el que quiera continuar viviendo después de su muerte, no sólo debe cuidarse de sus descendientes, sino también de *su pasado*: por eso los tiranos de todas clases (los artistas y los políticos tiránicos también) gustan de hacer violencia á la historia, para que ésta parezca una preparación y una escala que lleven hasta ellos.

308.—*Escritores de partido.*

Los golpes de timbal con que los escritores jóvenes se ponen al servicio de un partido, se asemejan, para el que no pertenece al partido, á un crujir de cadenas y despiertan más bien la compasión que la admiración.

309.—*Tomar partido contra sí mismo.*

Nuestros adictos no nos perdonan nunca cuando tomamos partido contra nosotros mismos, porque, á su juicio, eso no sólo es rechazar su amor, sino también desnudar su razón.

310.—*Peligro en la riqueza.*

Sólo debiera *poseer* el que tiene *talento*; de lo contrario, la fortuna es un *peligro público*. Porque el que posee, cuando no sabe utilizar los ocios que le da la fortuna, continuará siempre queriendo adquirir bie-

nes; esta aspiración será su entretenimiento: su ardid de guerra en la lucha con el tedio. Así, la modesta comodidad, que bastaría para el hombre intelectual, se transforma en verdadera riqueza, resultado engañoso de dependencias intelectuales. Sin embargo, el rico *aparenta* lo contrario de lo que pudiera hacerle esperar su origen miserable, porque puede ponerse el disfraz de la cultura y del arte; puede *comprar* ese disfraz. Por eso despierta la envidia de los más pobres y de los iliteratos (que siempre envidian, al fin y al cabo, y que no ven que ésta es un disfraz), y prepara así, poco á poco, un trastorno social; porque la brutalidad bajo una capa de lujo, la jactanciosidad de cómico, por la cual el rico hace exhibición de sus «goces de civilizado», evocan en el pobre la idea de que «solo importa el dinero»; siendo así que, en realidad, el dinero importa *algo*; el talento *importa mucho más*.

311.—*El placer de mandar y de obedecer.*

Mandar causa tanto placer como obedecer; lo primero cuando aún no se tiene por costumbre; lo segundo, cuando se tiene. Los antiguos servidores y los nuevos dueños se animan recíprocamente á causar placer.

312.—*Ambición de la venganza.*

Hay una ambición de la venganza que impulsa á un partido á aventurarse en un peligro extremo.

313.—*La necesidad del asno.*

No se inducirá á la multitud á clamar *hosanna* mientras no se entre en la ciudad á horcajadas sobre un asno.

314.—*Costumbres de partido.*

Cada partido intenta presentar como insignificantes las cosas importantes que se han hecho fuera de él; pero, si no lo consigue, atacará con tanta más acerbidad lo que sea más perfecto.

315.—*Vaciarse.*

A medida que alguno se abandona á los acontecimientos disminuye cada vez más. Por eso los grandes políticos pueden llegar á ser hombres completamente vacíos, siendo así que en otro tiempo eran ricos y fecundos en talento.

316.—*Enemigos deseados.*

Para los gobiernos dinásticos las corrientes socialistas son útiles más bien que inspiran el terror, porque dan á éstos el *derecho* de recurrir á medidas de excepción y les ponen entre las manos una espada para herir á los partidos que son su pesadilla, á los demócratas y á los adversarios de la dinastía. Todo lo que esos gobiernos odian públicamente les es secretamente simpáticos; vense obligados á ocultar su alma.

317.—*La propiedad posee.*

Sólo hasta cierto punto hace la propiedad al hombre más independiente y la más libre; un escalafón de más, y la propiedad se convierte en el amo, y el propietario en el esclavo; desde entonces ha de sacrificar su tiempo y su reflexión para entablar relaciones, fijarse en un lugar, incorporarse á un Estado; todo eso tal vez, en pugna con sus necesidades íntimas y esenciales.

318.—*De la dominación de las competencias.*

Es fácil, ridículamente fácil, elaborar un modelo para la elección de un cuerpo legislativo. Habría que poner aparte, primero, en un país, los hombres leales y dignos de confianza que fuesen, al mismo tiempo, peritos ó inteligentes en ciertas cosas y reconociesen recíprocamente sus capacidades; en esta asamblea habría que hacer una elección más restringida que determinase las especialidades y las competencias de primer orden; esta elección se haría por el aprecio y la garantía mutua. El cuerpo legislativo así formado, sólo los votos y los juicios de cada hombre especialmente competente debieran decidir en cada caso particular, y la honorabilidad de *todos* los demás debiera ser bastante grande para que la simple conveniencia les haga abandonar á éstos el voto; de suerte que, en el sentido estricto, la ley nacería de la razón de los más razonables. Ahora son los partidos los que votan; y, á cada voto, debe haber centenares de conciencias vergonzosas; todas las de los hombres mal informados, incapaces de juicios, que obran por imitación, á quienes se arrastra á un lado y á otro. Nada rebaja tanto la dignidad de una ley nueva como la vergüenza forzada de esa falta de probidad, á la cual obliga todo voto por partidos. Pero, como ya he dicho, es fácil, ridículamente fácil elaborar semejante construcción; no hay potencia bastante fuerte en la tierra para realizarla de un modo mejor, á menos que la creencia en la utilidad superior *de la ciencia y de los sabios* se haga evidente, aun para el más malévolo, y se prefiera esta creencia á la fe en el número. En el sentido de este porvenir debemos decir: «¡Fue-

ra el respeto hacia el hombre competente! ¡Abajo los partidos!»

319.—*El «pueblo de los pensadores» (el de malos pensadores).*

Lo indefinido, lo indeterminado, lo misterioso y lo elemental, lo intuitivo (para dar nombres vagos á cosas vagas) que se dicen ser las cualidades del carácter alemán, serían, si esas cualidades existiesen efectivamente todavía, la prueba de que la civilización alemana ha quedado muy á la zaga y respira todavía la atmósfera de la Edad Media. Es cierto que un retardo así tendría también ventajas; con las cualidades indicadas (entiéndase bien, en caso de que todavía las poseyesen), los alemanes serían aptos para ciertas cosas, y, sobre todo, aptos para comprender ciertas cosas, para las cuales otras naciones han perdido todas sus facultades. Y es cierto que cuando *la falta de razón* (es decir, lo que es común á todas estas cualidades) se pierde, se pierden muchas cosas; pero no hay pérdida sin que haya grandes ventajas contrarias, de suerte que falte toda razón para quejarse, admitiendo que no se quiera obrar como hacen los niños y los golosos: gozar simultáneamente de los frutos de todas las estaciones.

320.—*Llevar buhos á Atenas.*

Los gobiernos de los grandes Estados tienen en su mano dos medios para mantener en sujeción al pueblo, para hacerse temer y obedecer: un medio más grosero, el ejército; uno más sutil, la escuela. Con ayuda del primero atraen hacia sí la *ambición* de las clases superiores y la *fuerza* de las clases inferiores, al menos en cuanto que esas dos clases poseen hom-

bres activos y robustos, de medianas dotes. Con ayuda del otro medio ganan para sí la pobreza de *talento* y, sobre todo, la semipobreza, con pretensiones intelectuales de las clases medias. Se crea, ante todo, por los profesores de todas clases, una corte intelectual, que aspira á «subir»; acumulando obstáculo sobre obstáculo contra la escuela privada ó la educación particular que el Estado odia particularmente, se asegura la disposición de un gran número de puestos, que se codician continuamente por un número cinco veces superior al que pudiera satisfacerse de ojos ávidos é inyectados. Pero estas situaciones sólo alimentan al hombre *muy pobremente*; así, el Estado mantiene en él la sed febril del *adelante*, y le asocia todavía más íntimamente á las intenciones gubernamentales. Porque vale más mantener un descontento benigno, preferible á la satisfacción, madre del valor, abuela de la libertad de espíritu y de la presunción. Por medio de este cuerpo educativo, maternal é intelectualmente ligado con un freno, se educa entonces como se pueda á toda la juventud del país, á cierto nivel de instrucción útil al Estado, y graduado según la necesidad; ante todo, se transmite casi imperceptiblemente á los espíritus débiles, á los ambiciosos de todas condiciones, la idea de que sólo una dirección de vida reconocida, y refrendada por el Estado, os pone inmediatamente en condiciones de hacer un papel en la *sociedad*. La creencia en los exámenes del Estado y en los títulos conferidos por el Estado va tan lejos que, aun de los hombres que se han formado de una manera independiente, que se han educado por el comercio ó por el ejercicio de una profesión, conservan una punta de amargura en el corazón, tanto, que su situación no ha sido reconocida desde arriba por una investi-

dura oficial, un título ó una condecoración, hasta que puedan «hacerse ver». Por fin, el Estado asocia el nombre á las mil y mil funciones y puestos retribuídos que dependen de él, al *compromiso* de hacerse educar y refrendar por los establecimientos del Estado; de lo contrario, esta puerta permanece cerrada para siempre: honores en la sociedad, pan para sí mismo, posibilidad de una familia, protección de arriba, espíritu de cuerpo en los que han sido educados en común; todo eso forma un filamento de esperanzas en que se precipitan todos los jóvenes; ¿de dónde podría venirles un soplo de desconfianza? Si, al fin y al cabo, la obligación para cada uno de ser *soldado* durante algunos años se ha convertido, al cabo de algunas generaciones, en una costumbre y una condición que se cumple sin pensamiento preconcebido, en vista de lo cual se organiza de antemano su vida, el Estado puede aventurar el golpe de gracia de encadenar, por medio de ventajas, la escuela y el ejército, la inteligencia, la ambición y la fuerza; es decir, de atraer hacia el ejército los hombres de *aptitudes* y de *cultura* superiores, y de inculcarles el espíritu militar de la obediencia voluntaria, lo que les induciría tal vez á prestar juramento á la bandera, para toda su vida, y á procurar, por sus aptitudes, un nuevo esplendor á la profesión de las armas. Entonces no faltará otra cosa que la ocasión de las grandes guerras; y se puede prever que, por su oficio, los diplomáticos velarán en toda *inocencia*, lo mismo que los periódicos y la especulación; porque «el pueblo», cuando es un pueblo de soldados, tiene siempre la conciencia tranquila cuando hace la guerra, y es inútil sugerírsela.

321.—*La prensa.*

Si se considera que hoy todos los grandes acontecimientos públicos se deslizan secretamente y como velados en el escenario del mundo; que están ocultos por hechos insignificantes, al lado de los cuales parecían pequeños; que sus efectos profundos, sus contrapesos, no se manifiestan más que mucho tiempo después que se han producido, ¿qué importancia puede entonces concederse á la *prensa*, tal como existe hoy, con su desgaste cotidiano de pulmones, aullar, ensordecere, excitar y asustar? ¿Es la prensa otra cosa que un *ruido sordo y permanente* que aparta los oídos y los sentidos hacia una falsa dirección?

322.—*Después de un gran acontecimiento.*

Un pueblo ó un hombre cuya alma se ha revelado por un gran acontecimiento, siente después generalmente la necesidad de una *chiquillada* ó de una *groseña*, así por pudor, como para reposar.

323.—*Ser un buen alemán, es cesar de ser alemán.*

No se encuentran solo, como se había creído hasta ahora, las diferencias nacionales en los matices entre los diferentes *grados de cultura*. Esas diferencias no tienen nada durable. Por eso toda la argumentación basada en el carácter nacional compromete tan poco el que trabaja en la *transformación* de las convicciones, el que hace obra civilizadora. Si se revisa, por ejemplo, todo lo que ya se ha llamado alemán, habrá que corregir la cuestión teórica; ¿qué *es* lo alemán? Preguntándose, ¿qué *es ahora* lo alemán? Y todo *buen alemán* resolverá prácticamente esta cuestión, preci-

samente dominando sus cualidades alemanas. Porque cuando un pueblo va á la delantera y se engrandece, rompe cada vez las trabas que le han conferido hasta ahora la consideración *nacional*; si este pueblo se detiene, si perece, se le ponen alrededor de su alma nuevas trabas, la corteza que todos los días se convierte en más dura forma, en cierto modo, una cárcel cuyos muros no hacen más que espesarse. Si un pueblo celebra muchas fiestas, es una prueba de que quiere petrificarse y de que gustaría cambiarse en *monumento*; como fué el caso del egipcismo á partir de cierta época. El que quiere bien á los alemanes deberá velar, por su parte, en engrandecerse siempre más por encima de lo que es alemán. Por eso la *orientación* hacia lo que *no es alemán* fué siempre la huella de los hombres distinguidos de nuestro pueblo.

324.—*Predilecciones por el extranjero.*

Un extranjero que viajaba por Alemania desagradó y agradó por algunas afirmaciones, según los países en que residió. Todos los suavos que tienen talento (tenía costumbre de decir) son presumidos. Pero los otros suavos continúan creyendo que Uhland es un poeta, y que Goethe fué inmoral.—Lo mejor que hay en las novelas alemanas que ahora están en boga, es que no se necesita leerlas, se las conoce ya.—El berlinés parece ser de mejor complexión que el alemán del Sur, porque, siendo excesivamente burlón, soporta la burla; lo cual no ocurre con los alemanes del Sur.—El espíritu de los alemanes se ha mantenido en un nivel inferior por la cerveza y los periódicos; les recomienda el te y los folletos como remedios, entiéndase bien.—Aconsejaba examinar á los diferentes pueblos de la vieja Europa desde el punto de vista de

las cualidades particulares, á los viejos cuyos tipos diferentes presenta bastante bien, esto con la mayor alegría de los que asisten al espectáculo del tablado; los franceses representan de un modo feliz lo que la vejez tiene de sabia y de amable; los ingleses la experiencia y la moderación; los italianos la inocencia y la comodidad. ¿Faltarían los otros disfraces de la vejez? ¿Dónde está el viejo altivo? ¿Dónde está el viejo despótico? ¿Dónde está el viajero codicioso?—Las comarcas más peligrosas de Alemania son la Sajonia y la Turingia; no se encuentra por ninguna parte más actividad intelectual y ciencia de los hombres, con mucha libertad de espíritu, y todo eso es tan humilde, oculto por el horrible lenguaje y la servilidad de esta población, apenas se observa que se tiene delante de sí á los sub-oficiales intelectuales de Alemania y los maestros de ésta, en bien y en mal.—La arrogancia de los alemanes del Norte se mantiene en sus límites por su inclinación á obedecer, la de los alemanes del Sur por su inclinación á la indolencia.—Parecíale que los hombres alemanes tenían en sus mujeres amas de casa torpes, pero muy convencidas de su valor; que éstas decían bien de sí mismas, con tanta insistencia, que habían convencido á casi todo el mundo, y en todos casos á sus maridos, de las virtudes particulares que despliegan en su interior las mujeres alemanas.—Cuando la conversación versaba sobre la política de Alemania en el exterior y en el interior, tenía la costumbre de contar (él decía revelar) que el más grande hombre de Estado de Alemania no creía en los grandes hombres de Estado. Consideraba el porvenir de los alemanes como amenazado y amenazador; porque se habían olvidado de *regocijar* (aquello que tan bien sabían los italianos); pero que, por el gran juego

de azar de las guerras y de las revoluciones dinásticas, se habían *habituado á la emoción*; por consiguiente, acabarían un día para sentir en sí la conmoción. Porque esa es la más fuerte emoción que un pueblo pueda procurarse.—El socialista alemán, decía, era el más peligroso de todos porque no estaba impulsado por una necesidad *determinada*; aquello de que sufre es no saber lo que quiere. Aunque pueda, pues, lograr el goce, languidecerá siempre de deseo, lo mismo que Fausto, pero probablemente como un Fausto muy populachero. «Porque, al fin, exclamaba, Bismarck ha desterrado al *demonio de Fausto*, que tanto ha atormentado á los alemanes cultivados; pero ese demonio ha entrado ahora en los puercos y es peor que nunca.»

325.—*Opiniones.*

La mayoría de las personas no son nada, y no se tienen en nada antes de haber revestido el manto de las convicciones generales y de las opiniones públicas, conforme á la filosofía de los sastres; los trajes son los que hacen á las personas. Pero, para los hombres de excepción, ha de decirse: *el que se viste hace el vestido*; aquí las opiniones cesan de ser públicas y se convierten en otra cosa que disfraces, adornos y caretas.

326.—*Dos especies de sobriedad.*

Para no confundir la sobriedad provocada por el agotamiento de espíritu con la sobriedad de la templanza, hay que observar que la primera es bízca, mientras que la segunda está llena de alegría.

327.—*Falsificación de la alegría.*

No debe llamarse á una cosa buena ni siquiera un día después que no nos parece así, pero tampoco *un día*

*antes*: este es el único modo de conservar una alegría verdadera; de lo contrario, nuestra alegría sería con demasiada facilidad insípida al gusto y acaso demasiado prematura y para muchas personas pasaría por alimento falsificado.

328.—*El macho cabrío de la virtud.*

Cuando alguien hace lo que sabe hacer mejor, los que le quieren bien, pero que no están á la altura de su acción, se dedican enseguida á buscar un macho cabrío para el sacrificio, creyendo que es la víctima intercesora (*Sündenbock*: macho cabrío del pecado) cuando es el holocausto de la virtud.

329.—*Soberanía.*

Venerar también las cosas malas y reconocerlas, cuando os *agradan*, ignorar totalmente cómo se puede tener vergüenza de lo que os agrada, es el signo de la soberanía, en grande y en pequeño.

330.—*El que obra sobre sus semejantes es un fantasma y no una realidad.*

El hombre eminente aprende poco á poco *que, en cuanto que obra, es un fantasma* en el cerebro de lo demás, y llega tal vez á la sutil tortura del alma de preguntarse si no hay que conservar el fantasma de sí mismo en bien de sus semejantes.

331.—*Tomar y dar.*

Cuando se ha tomado la menor de las cosas á alguien (ó cuando se ha prevalecido sobre él) éste se hace ciego y no ve que se le han dado cosas infinitamente mayores y hasta la mayor cosa.

332.—*El buen campo.*

Toda repulsa y toda negación demuestran una falta de fecundidad: en el fondo, si fuésemos un buen campo de labor, no dejaríamos perecer nada sin utilizarlo, y veríamos en todas cosas, en los acontecimientos y en los hombres, útil estiércol, lluvia y sol.

333.—*Las relaciones son un goce.*

Si el espíritu de renunciamiento induce á alguien á buscar con ansia la soledad, puede transformar sus relaciones con los hombres, cuando las gusta rara vez, en un manjar delicado.

334.—*Saber sufrir públicamente.*

Hay que pregonar la desgracia, gemir de cuando en cuando, de manera que todo el mundo lo oiga, impacientarse de un modo visible: porque si se dejase á los demás notar cuán tranquilo y feliz es uno en el fondo de sí mismo, á pesar de los dolores y las privaciones, ¡cuán envidiosos y malvados se les haría! Pero es precioso que veamos por no hacer más malos á nuestros semejantes: además, si nos supusiesen felices, nos cargarían de pesadas contribuciones, de suerte que nuestro *sufrimiento público* es también para nosotros una *ventaja privada*.

335.—*Calor en las cumbres.*

En los alturas hace más calor de lo que se imagina generalmente en el valle, sobre todo en invierno. El pensador sabe lo que quiere decir el símbolo.

336.—*Querer el bien, saber lo bello.*

No basta ejercitar *el bien*, es preciso haber querido y, según la frase del poeta, recibir la divinidad de su *querer*. Pero no hay que querer *lo bello*; es preciso *podarlo*, con inocencia y apasionamiento, sin que Psiquis ponga en esto algo de su curiosidad. Que el que enciende su linterna para encontrar hombres perfectos tenga cuidado con este signo distintivo; los hombres perfectos son los que obran siempre á causa del bien y llegan siempre á lo bello sin pensar. Porque, por incapacidad y por falta de un alma grande, muchas personas buenas y nobles, á pesar de su buena voluntad y de sus buenas obras, siguen siendo de un aspecto enfadoso y son feas cuando se las mira: rechazan y hasta perjudican á la virtud por el repugnante aditamento que su mal gusto hace endosar á esta.

337.—*Peligro de los que renuncian.*

Hay que guardarse de fundar la vida sobre una base de codicias demasiado estrecha: porque, cuando se renuncia á las alegrías que proporcionan una buena posición, los honores, el trato mundano, las voluptuosidades, el *confort* y las artes, puede venir un día en que se notará que, en lugar de tener por vecina á la *sabiduría*, el renunciamiento os ha producido la *saciedad* y el disgusto de vivir.

338.—*Ultima opinión sobre las opiniones.*

O bien se ocultan las opiniones, ó bien se oculta uno detrás de ellas. El que obra de otra suerte, no conoce la marcha del mundo, ó forma parte de la orden de la santa temeridad.